

Repensando el significado y desafíos de la investigación en la sociedad de la información: una experiencia personal (2009-2012)¹

José Idiáquez, S.J.

1. Los indígenas ngäbe de Panamá

En febrero de 2009 inicié una investigación sobre migración indígena en la zona fronteriza entre Panamá y Costa Rica (Paso Canoa). Se trata de la movilización de veinte mil indígenas de la etnia ngäbe, que cada año se trasladan a cortar café en territorio costarricense. Representan el 59.3% de los pueblos indígenas de Panamá. Veinte y nueve mil setenta y tres niños y niñas indígenas están insertos en el mercado laboral. El 100% de la niñez indígena de entre cinco y nueve años, de ambos sexos, participa en las actividades agrícolas. Un 94.3% tiene edades entre 10 a 14 años y el 68.8% es el grupo de catorce a diecisiete años.

La población ngäbe total es de aproximadamente trescientos mil habitantes, y viven en la comarca ciento treinta y nueve mil novecientos cincuenta indígenas. Según datos de 2008 del Ministerio de Economía y Finanzas de Panamá, en las regiones indígenas se encuentran los niveles más altos de pobreza 98.5% y pobreza extrema 89.7%. La existencia de grandes yacimientos de cobre y oro en la comarca sigue siendo un peligro para los recursos naturales de la población ngäbe y un factor que podría aumentar la migración.

1.1. ¿Qué se pretendía con nuestra investigación?

En nuestra investigación aparecen interrelacionadas tres temáticas que generan conflictos violentos y ponen en peligro la vida de personas y del ecosistema a lo largo y ancho de América Latina: la explotación hidroeléctrica y minera, la migración y los prejuicios etno-raciales en contra de la población indígena, y la xenofobia al inmigrante y refugiado.

¹ Conferencia Magistral del VII Congreso Interdisciplinario de Investigación de la Universidad Centroamericana, viernes 17 de mayo de 2013.

La migración ngäbe es una migración atípica. Normalmente se emigra de un país pobre a uno rico. Por lo tanto, una de las preguntas de nuestra investigación fue: ¿por qué la movilización de veinte mil indígenas, que se ven obligados a salir de un país con un crecimiento económico de 10.5%, que aparece en los primeros lugares en el ranking internacional? Como sub-temas aparecían las siguientes problemáticas: 1) Cómo mejorar el aprovechamiento de los recursos y factores existentes en el sector agropecuario, especialmente los relativos a tierras disponibles. 2) Cómo iniciar esfuerzos sistemáticos destinados a conservar los recursos naturales renovables a través de un uso racional de los suelos, de una política de reforestación, y de un mejor manejo y protección de las cuencas hidrográficas del país. 3) Cómo disminuir las diferencias inter-regionales y en concreto, la brecha existente entre campo-ciudad.

Un segundo objetivo de la investigación se relaciona a los prejuicios etno-raciales de un sector de la población panameña y costarricense en contra de los indígenas, la xenofobia y el miedo a la presencia de inmigrantes y refugiados. Uno de los estereotipos más comunes en el imaginario xenófobo y racista en contra de los inmigrantes es la idea que asocia el aumento de la presencia de extranjeros al crecimiento de la delincuencia y de la inseguridad ciudadana. Queríamos demostrar a la sociedad panameña y costarricense que a los indígenas ngäbe, los nicaragüenses y los colombianos – entre otros que emigran a esos países – no se les puede tratar como delincuentes. Por otro lado, teníamos el objetivo de recordar y mostrar que Panamá y Costa Rica también son países expulsores de inmigrantes.

Un tercer objetivo era utilizar los datos suministrados por nuestros informantes como herramientas que ayudaran a revelar el sufrimiento oculto de su realidad de emigrantes en otra cultura y de sentirse ciudadanos de “segunda” en su propio país. Y por otro lado, queríamos demostrar la capacidad creativa del pueblo ngäbe ante las adversidades económicas y socio-culturales que históricamente les ha tocado enfrentar. No pretendíamos presentar únicamente datos estadísticos. Queríamos insistir en que detrás de los números existen rostros humanos de niños, niñas, ancianos, mujeres y hombres que han sufrido y sufren hambre. Y han sido condenados a vivir en la miseria.

1.2. El trabajo investigativo en contextos conflictivos

El informe del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), “Perspectivas del medio ambiente: América Latina y el Caribe”, señala que las tensiones sociales que ocasiona la actividad minera se dan en toda la región de América Latina. Enumera ciento dieciocho conflictos sociales en los que se han visto afectadas ciento cincuenta comunidades indígenas y campesinas en contra de la actividad minera. Y en el caso de la comarca Ngäbe-Buglé se trata del intento de explotación de la mina de cobre del cerro Colorado, considerado el más grande de América Latina. Por las implicaciones económicas y políticas de empresarios, gobierno y compañías transnacionales, el proyecto ha reunido a diferentes personas del campo de la investigación científica-tecnológica (especialistas en minería, químicos, biólogos marinos, ingenieros agrónomos, geólogos, especialistas en hidroeléctricas, ambientalistas, entre otros). Y en el campo de las ciencias sociales existía otro grupo de sociólogos, psicólogos sociales, antropólogos, geógrafos y trabajadores sociales,

participando de manera personal-independiente y otros contratados por los actores involucrados en llevar adelante ese proyecto.

Según la Cámara Minera de Panamá (CAMIPA), la inversión le reportaría al Estado unos dos mil millones de dólares anuales durante treinta años. Pero dirigentes de la Asociación Nacional para la Conservación de la Naturaleza (ANCON) sostienen que los ingresos que podría recibir el Estado por la realización de esos proyectos no compensarían el daño a las áreas de gran biodiversidad y la contaminación de los ríos por el derrame de químicos. Estas opiniones encontradas de la Cámara Minera de Panamá y de la Asociación Nacional para la Conservación de la Naturaleza respondían a dos modos de hacer investigación: el primero, centrado en la lógica del mercado y con un esquema mental marcadamente empresarial; y el segundo, preocupado por la defensa del medioambiente y de la vida de las personas que habitan en la comarca indígena y de la población en general.

Otro elemento importante que aparecía en los modelos de investigación arriba señalados es el pragmatismo y el cortoplacismo enfrentado a la búsqueda de la verdad a través de un proyecto de largo plazo. Este último modo de hacer investigación corría el riesgo de la crítica por la falta de resultados inmediatos y por obstaculizar proyectos de desarrollo que implicaban mucho dinero de cara al futuro. En este contexto pude observar que con frecuencia se presentaba la investigación cuantitativa, plagada de datos estadísticos, cuadros y resultados de encuestas, como una manera de descalificar a la investigación cualitativa. Y al mismo tiempo, se legitimaba un proyecto que iba en contra de la población indígena-campesina y favorecía la destrucción del medio ambiente.

La investigación cualitativa se tildaba de subjetiva, ideologizada y poco precisa. Es cierto que la investigación cualitativa, si realmente quiere dar respuestas reales a los problemas de la humanidad, debe de evitar un lenguaje excesivamente abstracto y ser precisa en la elaboración conceptual. Con todo, los defensores de lo cuantitativo olvidan que los números y los cuadros, en no pocos casos, ocultan e impiden acceder a la raíz de los problemas sociales que se investigan. Y al mismo tiempo, pierden de vista la fuerza que adquiere un proceso investigativo en el que se logre articular lo cuantitativo con lo cualitativo y los beneficios que se obtienen cuando se hace una lectura honesta de los datos estadísticos.

Las exclusiones y fragmentaciones no sólo son dañinas en el campo de lo social, lo son también para el campo investigativo. En este quehacer investigativo no se trata de satanizar a las nuevas tecnologías ni a las tecnologías de la información y la comunicación, ni mucho menos a ningún método de investigación. El desafío está en cómo sacar ventaja de esos nuevos instrumentos para ponerlos en función de una investigación más efectiva. Si la sociedad cambia, lógicamente deben cambiar nuestras estrategias de investigación. Pero lo que aquí nos interesa no es cómo cambiar nuestro quehacer investigativo porque se producen cambios tecnológicos en la sociedad, sino cómo investigar para contribuir a la transformación social.

No hay duda de que las nuevas tecnologías han posibilitado un conocimiento más radical del ser humano. En los últimos años, los avances de la ingeniería genética y la biotecnología han permitido un desplazamiento en el conocimiento de la vida humana desde la incertidumbre a aproximaciones esperanzadoras que surgen de las investigaciones científicas. Sin embargo, como señala el jesuita Kevin FitzGerald, profesor de genética molecular y ética médica, del Centro Médico Georgetown:

discernir el mayor bien es un reto especial para aquellos de nosotros que trabajamos en el campo de la Bioética. La razón de este reto especial en la Bioética es que con frecuencia no aparece claro cuál es el “bien” que debemos buscar [...] Actualmente hay un debate, con intercambio de opiniones a nivel mundial, sobre el uso de la tecnología de ingeniería genética en los cultivos de productos alimentarios. Varios jesuitas han tomado partido en los dos campos de este tema internacional. El debate posiblemente se hará más vivo en un futuro próximo porque los cambios climáticos pueden causar el fracaso de los medios tradicionales de cosechas y cultivos, en muchas regiones que ya tienen dificultades para satisfacer las necesidades alimenticias de sus habitantes. Además, ciertos cultivos tradicionales como el maíz en los Estados Unidos, pueden adaptarse para utilizarlos como fuentes de energía (biocombustible), en lugar de tener como fin el consumo humano. A medida que nos acercamos a tiempos, en los que los niveles actuales de producción de alimentos no sean suficientes para las necesidades alimenticias de la población del mundo, ¿cómo compaginamos las necesidades de alimentos y de energía, necesarios para la población de nuestros países, con los riesgos de emplear más y más tecnologías, que recortan nuestras cosechas? ¿Cuál es el mayor bien- alimentos suficientes o protección del ambiente y de la cultura? Y puesto que este planteamiento es actualmente demasiado simplista, ¿quién decidirá cómo podemos seguir adelante en un mundo de tecnología, clima y necesidades humanas, tan sujetos a rápidos cambios? (FitzGerald, 2007, pp. 96-97).

En proyectos como el que menciono, no queda duda que la revolución tecnológica ha redimensionado las relaciones de los seres humanos con la naturaleza, y las relaciones del ser humano con los demás y consigo mismo. Las tensiones entre naturaleza y sociedad / diversidad cultural y naturaleza, lejos de resolverse, corren el peligro de profundizar las contradicciones. Y el riesgo de agudizar los conflictos es mayor cuando se utilizan las nuevas tecnologías como instrumento que consolida el dominio y la explotación ilimitada de la naturaleza y de grandes poblaciones. Nunca antes habíamos visto con tanta claridad que la crisis del ser humano y la destrucción de la naturaleza son inseparables, al punto que ambos elementos sólo son separables para efectos analíticos. La contaminación del agua, el aire, la tierra y la tala indiscriminada de los bosques, entre otros, son una muestra de esta crisis.

Desde diferentes organizaciones son coincidentes las voces que alertan sobre los peligros que conlleva la destrucción del medio ambiente para el futuro de la humanidad: “la ONU advierte de que la pérdida de Biodiversidad amenaza la existencia humana”; la fundación Biodiversidad, Ecologistas en Acción y el Movimiento por la Ecopedagogía señalan que “si se pierden especies, pierde el hombre”; y en la Carta de la Tierra, se pide por un movimiento ético global para llegar a un código de ética planetario... uno de cuyos ejes es la prevención de lo que puede causar daños. Las estrategias desesperadas de las grandes mayorías excluidas que luchan por sobrevivir se convierten en un elemento difícil de evitar en lo relacionado a la destrucción de la naturaleza.

En la presentación del Proyecto Curricular de la UCA, el 3 de mayo de 2013, se hacía mención de un “currículo ecléctico cuyo centro es el desarrollo de la dignidad de la persona, la autorrealización, la libertad individual, el compromiso con un orden social, sus necesidades, requerimientos”. Se señalaban los siguientes ejes curriculares: Formación Humanística, Investigación, Proyección y compromiso social, Internacionalización y Formación científico-técnica. También surgió la discusión sobre el Humanismo y el Medio Ambiente como ejes transversales a los cuales darle prioridad. Basado en lo que hemos señalado arriba sobre la relación entre naturaleza-cultura-sociedad y ser humano, tal vez valdría la pena pensar en un eje transversal que podría ser **lo humanístico y eco-social** como una manera de asumir en nuestra práctica investigativa y docente el desafío de esa vinculación.

Desde esta perspectiva, nos estamos diciendo como profesores-investigadores y a la vez, transmitiendo a nuestros estudiantes, que el pensamiento Humanista conlleva un compromiso con la transformación social, una cultura de la vida, de la convivencia armónica entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza. En palabras de Leonardo Boff:

la lógica que explota a las clases sociales –que crea pobres y oprimidos – es la misma que explota a la naturaleza y agota sus recursos. La opción por los pobres es la opción por la Tierra, que es el gran pobre. Educar para la ciudadanía planetaria supone el reconocimiento de una comunidad global, de una sociedad civil planetaria... Queremos una justicia social que combine con la justicia ecológica...” (Boff, citado por Gadotti, 2002, pp. 53, 140).

La forma irresponsable en que grupos minoritarios y poderosos pretenden administrar los recursos naturales en nuestros países de América Latina exige a nuestras universidades utilizar la investigación como un instrumento eficaz que busque proteger nuestro ecosistema de proyectos que violan el derecho internacional ambiental y los derechos humanos de las poblaciones indígenas y campesinas, en particular, y de la sociedad en general. Según datos de las Naciones Unidas, la diarrea provocada por ingerir aguas contaminadas es hoy la segunda causa de mortalidad infantil. Se calcula en unos cinco mil las niñas y los niños menores de cinco años que mueren diariamente por esta causa – en su mayoría en países pobres –, cinco veces más de los que mueren por el SIDA. Detrás de este desastre están la falta de saneamiento y el vertido directo de desechos urbanos e industriales al medio natural (PNUD, 2006, p. 22).

En nuestra investigación hemos constatado que la expulsión de la población indígena ngäbe de su territorio es una muestra clara de que la creciente desregulación y liberalización de los mercados agrarios está destruyendo la alternativa económica de formas tradicionales de producción que, desde el punto de vista ambiental y socio-cultural, merecen ser protegidas por ser prácticas efectivas. Si esta mentalidad se consolida, se seguirá destruyendo la organización rural y cada vez será más incontrolable la migración masiva hacia los cinturones de miseria de las grandes ciudades o la migración transfronteriza, como en el caso de los indígenas ngäbe de Panamá.

Una visión integral, en la que se incluya a las poblaciones indígenas y campesinas para que se respeten sus territorios y logren preservar sus patrimonios culturales, está totalmente opuesta al inmediatismo voraz del que busca ganancias desmedidas. El Papa Juan Pablo II se refirió a este tema de la siguiente manera:

“En nuestros días aumenta cada vez más la convicción de que la paz mundial está amenazada, además de la carrera armamentista, por los conflictos regionales y las injusticias aún existentes en los pueblos y entre las naciones, así como por la falta del debido respeto a la naturaleza, la explotación desordenada de sus recursos y el deterioro progresivo de la calidad de vida. Esta situación provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que a su vez favorece formas de egoísmo colectivo, acaparamiento y prevaricación” (Juan Pablo II, 1990, p. 1).

Desde nuestras investigaciones – y si realmente queremos ser consecuentes con la apuesta por la vida de los seres humanos y la defensa de nuestros recursos naturales – debemos insistir en el desarrollo de políticas ambientales integrales a largo plazo, con reales evaluaciones de impacto ambiental, con un plan de sostenibilidad y con un balance entre crecimiento económico y reducción de la pobreza, pero no a expensas del medio ambiente. Pienso en la importancia de que, como Universidad, podamos discutir elementos conceptuales como ecología, cultura, desarrollo, tecnología, sostenibilidad, equidad, género, pobreza, entre otros. Son campos cargados de múltiples sentidos y contradicciones, que exigen de nosotros un esfuerzo por precisar sobre el uso y connotación que les asignamos. Puede darse el caso que desde las Facultades entendamos esos conceptos de un modo y en los centros de investigación se aborden de otra manera.

Es importante precisar y debatir sobre elementos conceptuales clave porque las conceptualizaciones son parte importante del proceso de investigación. Desde la perspectiva de la docencia y del quehacer investigativo, la tarea de precisar sobre estos temas implica asumir que las nuevas tecnologías y las tecnologías de la información y la comunicación están redefiniendo las relaciones entre naturaleza y cultura, y el lugar del ser humano en ese contexto. Sabiéndolo o no, podemos terminar siendo prisioneros de concepciones o de prácticas económica y ecológicamente incorrectas y, por tanto, inaceptables moralmente. Somos conscientes de lo costosas que son algunas investigaciones y de la dificultad de competir con el mundo empresarial. Pero esa misma situación nos pone de cara al gran reto de mantener la tensión entre la relación con el mercado y la búsqueda de la verdad.

En el caso de la investigación en la que estuve involucrado en estos años, en las negociaciones con el pueblo ngäbe sobre los proyectos hidroeléctricos y mineros, los interesados en llevar adelante estas inversiones insistían en que no se podía acceder a las demandas de los indígenas porque sería atentar contra la seguridad jurídica y el desarrollo del país. En ningún momento aceptaron discutir el modelo económico altamente consumista de energía, diseños de construcción y centros comerciales de alto consumo energético, un modelo económico que agudiza la concentración de la riqueza donde los que más tienen consumen y derrochan más electricidad. Sin

embargo, es más fácil culpabilizar a los indígenas y campesinos de ser responsables de poner en riesgo el “desarrollo” del país por oponerse a los proyectos hidroeléctricos y mineros.

En este contexto, las tecnologías de la información y las nuevas tecnologías, junto a claros avances y progresos indiscutibles, corren el riesgo de separar más que unir. El peligro es evidente cuando la implantación de las nuevas tecnologías de la información se desarrolla bajo la óptica de la lógica del mercado. Esta lógica significa que los factores económicos son determinantes en el acceso a las mismas. Eso explica las desigualdades en el acceso a la información y el conocimiento; y la gran brecha entre una población rica que accede a las nuevas tecnologías y otra pobre que sólo dispone de la información suministrada por los medios de comunicación social.

En vista de esta situación, es clara la importancia de que nuestro quehacer investigativo esté marcado por lo que algunos han llamado “responsabilidad tecnológica” de la ciencia, el derecho, la ética, la economía y la política. Desde la perspectiva jurídico-política es notable la insistencia de abordar los efectos de las tecnologías de la información y comunicación, y las nuevas tecnologías, en el ámbito de los derechos humanos. Esto conlleva una actitud crítica, reflexiva y consciente de los nuevos peligros que en los diversos ámbitos de nuestra vida social suscita la tecnología. Ante estos problemas y desafíos, las disciplinas científico-tecnológicas y las ciencias sociales no pueden permanecer insensibles.

En los documentos sobre el trabajo intelectual de los jesuitas se hace énfasis en que la:

formación y competencia profesionales deben estar ligadas con la **legítima autonomía y la libertad responsable** que son imprescindibles para progresar en la docencia y la investigación. Hoy más que nunca es urgente reconocer la especificidad de cada disciplina, incluida la ciencia y la tecnología... la vida intelectual conoce momentos de exaltación y de duda, de reconocimiento y arrinconamiento, de intensa satisfacción y dura prueba. Más que ninguna otra, la misión intelectual demanda una capacidad humilde para aceptar las alabanzas y afrontar los rechazos y las polémicas, porque está constantemente expuesta al juicio ajeno en conversaciones, publicaciones y medios de comunicación...” (Compañía de Jesús, 1995, p. 335).

2. Mi vivencia de la investigación-docencia

El auge televisivo y de internet se ha convertido en un fuerte obstáculo para elevar el nivel intelectual y cultural de los jóvenes. Son pocos los programas televisivos que fomentan la lectura y el interés por el mundo intelectual. Algunas editoriales han hablado de fuertes crisis por el descenso de ventas, aunque también es cierto que por Internet se pueden encontrar buenos libros y artículos. Sin embargo, las redes sociales, los chat y correos electrónicos le hacen fuerte competencia a la buena lectura y a la actividad investigativa. En ese contexto se va moldeando una persona pobre intelectualmente (la televisión es poco educativa), pasiva, entregada a lo más fácil: aprieto un botón y me siento.

Con la televisión aparece el fenómeno del *Zapping* (disparar rápidamente). La televisión cumple la ley del mínimo esfuerzo. Se produce una acumulación de novedades y cambios sin saber lo que se busca o lo que realmente se quiere. Existe el deseo de abarcarlo todo al mismo tiempo. La persona, al quedar insatisfecha, reinicia la visita a los cientos de canales con la esperanza de encontrar algo nuevo que le guste. En el fondo de este proceso se desarrolla una actitud de dispersión: muchas imágenes y poca consistencia, abundancia de información y poca posibilidad de hacer síntesis de los datos recibidos. Es todo lo contrario de lo que se requiere en los procesos de investigación. Son muchas realidades fragmentadas y con un gran poder de seducción y atracción.

A lo arriba expuesto se une el hecho de que una minoría es la que cuenta con los últimos medios tecnológicos, mientras las grandes mayorías siguen condenadas a vivir en la pobreza y la miseria. Los contrastes son violentos y desesperanzadores. Por esta razón, es muy atinada la reflexión de García Canclini cuando afirma que:

la cuestión decisiva no es si este continente es moderno o posmoderno, sino cómo y por qué la modernidad híbrida alcanzada durante los últimos siglos está desintegrándose, las innovaciones económicas, tecnológicas y socioculturales más recientes benefician a pequeñas minorías, y las posiciones conquistadas por algunos países latinoamericanos en el desarrollo moderno internacional se pierden o se transforman en condiciones cada vez más regresivas y dependientes (García Canclini, 1997, p. 27).

Son varios los estudios que señalan que los jóvenes no aprovechan el Internet para fines académicos. En una encuesta realizada a jóvenes universitarios en Panamá, únicamente el 27% dedica la mayoría de su tiempo en el Internet a enriquecer su mundo intelectual, mientras el 73% se concentra en el área del entretenimiento. Los jóvenes buscan literatura de consumo rápido, nada denso que merezca la pena. El objetivo es claro: matar el aburrimiento. Y para eso conviene conseguir una lectura que se pueda intercalar con los anuncios televisivos. Así se entiende el éxito de las revistas del corazón y de libros que hablan de la felicidad y de cómo ser exitosos rápidamente, que desplazan a una buena novela o a libros que pueden potenciar el nivel académico del joven. El ejercicio que desarrollan es totalmente contrario a un proceso de investigación largo y tedioso. Una gran mayoría de jóvenes, incluso adolescentes, están preocupados por leer el horóscopo o interesados en esoterismo, lectura de las manos, el Tarot, etc. Sin espíritu crítico, el joven se vuelve presa fácil de los programas televisivos y de la manipulación de la información que hacen algunas páginas de Internet.

En una encuesta realizada a 82 estudiantes de diversas nacionalidades (México, Centroamérica, Colombia, Ecuador, Perú), ante la pregunta sobre su preferencia entre escribir una tesis o hacer un examen para optar por su grado de licenciatura, un 77% prefería hacer un examen y el 23% estaba interesado en investigar. Entre las razones para no aventurarse en la labor investigativa estaban las siguientes: “la investigación te toma mucho tiempo, es muy tedioso, se tiene que leer mucho, es muy difícil redactar”. Así se explica el hecho de encontrarnos con jóvenes profesionales

que manejan bien sus campos de experiencia, pero que fuera de su profesión se encuentran atrapados en un mundo saturado de información, que poco a poco los convierte en superficiales, permisivos y con un gran vacío existencial. No pocos académicos coinciden en que nunca ha sido tan abundante y prolija la información y al mismo tiempo, nunca ha habido tanta ignorancia.

El rechazo de estos jóvenes a la tarea investigativa es comprensible porque tienen dificultades en lectura comprensiva e inferencial, en redacción y ortografía. No habían tenido la oportunidad de desarrollar en la secundaria sus competencias instrumentales fundamentales como el pensamiento crítico, analítico, diagnosticar y resolver problemas, entre otras. Varios de estos jóvenes expresaban una visión equivocada de la investigación como una tarea exclusiva para expertos. Todo lo contrario era la experiencia del 23% de jóvenes, que apostaban por la investigación y habían adquirido un gusto por la lectura durante sus estudios de secundaria. De allí la importancia de renovar y actualizar nuestro proyecto curricular, para revisar los objetivos de las carreras o de las asignaturas, profundizar en los contenidos de aprendizaje, en la metodología y en los modos y criterios de evaluación. Algunos concluyen que el hombre y la mujer *light* viven instalados en el mundo del cinismo. Afirmación, que a mi modo de ver, corre el peligro de ser injusta porque la modernidad y la pos-modernidad no seleccionan por edades. Otros sostienen que los jóvenes se han vuelto pragmáticos-utilitarios y una cosa es lo que piensan, dicen, sienten y otra, muy distinta, lo que hacen. Oscar Wilde lo definió así: “Aquel que conoce el precio de todas las cosas y el valor de ninguna” (citado por Rojas, 1992, p. 172). Lo cínico está lleno de contradicciones y lo que hoy se critica acaloradamente mañana se defiende con ardor porque lo importante es el momento, el instante concreto del tema que nos ocupa. Pero nada es definitivo y hay que apuntarse al ganador, porque lo importante es el éxito y el triunfo: es el vértigo de la fugacidad, la revolución de la urgencia. Zygmunt Bauman, lo formula de este modo:

Cualquier cosa que hoy es buena para ti puede reclasificarse como tu veneno. Compromisos aparentemente firmes y acuerdos solemnemente firmados pueden derrumbarse de la noche a la mañana. Y las promesas, o la mayoría de ellas, parecen hechas solamente para ser traicionadas y rotas.... En esta clase de cultura, y en las estrategias políticas y vitales que valora y promueve, no queda mucho espacio para los ideales. **Menos espacio queda aún para los ideales que provocan un esfuerzo a largo plazo, continuo y sostenido, de pasitos que llevan con ilusión hacia resultados ciertamente remotos.** Y no queda espacio en absoluto para un ideal de perfección, que extrae todo su atractivo de la promesa del final de la elección, el cambio y la mejora (Bauman, 2005, pp. 151-152).

Si eso es realmente así, entonces: ¿en ese mundo cultural de nuestros jóvenes qué lugar ocupa el quehacer investigativo que respete los principios éticos y una praxis preocupada de la dignidad, de la libertad del ser humano y la protección del medio ambiente? Si queremos que la investigación sea un eje transversal de planificación y de trabajo ¿cómo motivar a nuestros estudiantes en el quehacer investigativo y

encontrar mecanismos en los que se pueda ver como positivo lo que es a largo plazo? ¿Qué medios eficaces utilizar para que vean en la responsabilidad profesional, el rigor científico y la veracidad unos valores por los que se debe de luchar? Estamos claros de que nuestra meta debe apuntar a que nuestros graduados salgan con una satisfactoria experiencia de investigación y con una serie de competencias que le sean beneficiosas para la vida y su tarea profesional.

3. Principios éticos y la praxis de un quehacer investigativo que respete la dignidad, la libertad del ser humano y el cuidado del medio ambiente

Desde diversas perspectivas hay coincidencia en que el gran ausente de la agenda de la globalización es el compromiso ético. Los problemas de insostenibilidad, pobreza y ausencia de democracia están en la base de la crisis global de necesidades básicas como el agua y los alimentos. En el caso de la crisis global del agua, los expertos señalan que el problema no radica en la escasez, sino en la calidad de las aguas disponibles. El problema es que, desde nuestra voraz e irresponsable ambición desarrollista, hemos contaminado ecosistemas y acuíferos, causando graves problemas de salud que ponen en peligro la vida de grandes poblaciones.

La dinámica neoliberal ha encontrado en la mercantilización de las necesidades básicas de la población condiciones favorables para la obtención de grandes ganancias. Igual sucede con las migraciones de obreros temporales que disminuyen costos de producción y posibilitan un aumento considerable de capital. De esta manera, la reflexión ética y su correspondiente proyección socio-política se hacen necesarias. Y esto es así porque los valores de equidad, justicia socio-ecológica y cohesión social relacionados con la salud, el agua, la educación y la seguridad ciudadana, entre otras, no tienen espacio en las lógicas del mercado. Por tal razón, pedirle al mercado que tome en cuenta problemas de derechos humanos, equidad, cohesión social, o que se preocupe por el futuro de las próximas generaciones es como gritar en el desierto. En concreto, más allá del desafío de la búsqueda de sostenibilidad, surgen con fuerza valores éticos que nos exigen una profunda reflexión. Y en el caso de nuestro quehacer investigativo, lo anterior exige detenernos en las categorías éticas que deben ordenar prioridades y guiar criterios de acción a través de nuestra proyección social.

La escucha comporta dimensiones analíticas y éticas. Desde la perspectiva del análisis exige un esfuerzo por intentar comprender los procesos y el horizonte de significación de la persona y grupo que transmiten una experiencia. Desde la ética, la escucha conlleva una realización de respeto con quien se trabaja y un compromiso de transmitir sus demandas en los espacios en que estas personas excluidas y discriminadas se les ha negado el acceso. Comporta la dificultad de compartir el significado del sufrimiento. Las grandes mayorías sufren bajo el yugo de las carencias materiales, unido a la perpetuación de la injusticia social y la negación de sus derechos y libertades. El sufrimiento tiene la capacidad hacerse presente en cada espacio de nuestras vidas; y en un solo contexto puede concentrar lo físico, lo psicológico, lo económico, lo social y lo político. Es esperanzador el hecho de que

algunos científicos sociales estén haciendo énfasis en la investigación como parte de la lucha por evitar el dolor y el sufrimiento de la condición humana (Wilkinson, 2005, p.17).

La investigación puede crear barreras y también puede posibilitar la construcción de espacios para la reflexión profunda en una sociedad del riesgo. Por eso es importante tener presente algunos peligros y desafíos en el quehacer investigativo:

3.1. La urgencia de la investigación en un mundo fragmentado

La lógica de exclusión social en la que actualmente vivimos parece que tiene como objetivo condenar a grandes poblaciones a abandonar sus raíces. Lo mismo que sucede con nuestros ecosistemas cuando se talan los bosques y se provoca un proceso de desertificación, así sucede con las grandes poblaciones. Los movimientos migratorios a lo largo y ancho del planeta son una muestra de este proceso en el que los inmigrantes se convierten en trabajadores temporales e itinerantes. Con esa estrategia se amplían las posibilidades de obtener mayores ganancias, y al mismo tiempo, se debilitan los movimientos de resistencia a los cambios sociales. Vivimos en un mundo globalizado en el que se intensifican las relaciones a través de redes sociales, flujos, transacciones que no tienen fronteras.

Nos encontramos en un mundo social y familiar profundamente fragmentado. Desde la espiritualidad y las ciencias sociales aparecen estudios que reflejan esa problemática y en que se nos invita a “Orar en un mundo roto: tiempo de transfiguración” (González Buelta, 2002), a reflexionar en “Un mundo sin hogar” (Berger, Berger & Kellner, 1979), a repensar en “Un mundo sin rumbo” (Ramonet, 2003), o en “Un mundo desbocado” (Giddens, 2003), a abordar con seriedad la realidad de millones de inmigrantes que han “Nacido en otra parte” (Sutcliffe, 1998). Sin duda, la juventud es la más sensible a los cambios que vivimos. Y sería un gran error pensar que los adultos no experimentamos el impacto de lo nuevo. Jóvenes y viejos vamos en el mismo barco, expuestos a estos procesos culturales que nos asaltan con la brillantez de la luz solar o en la clandestinidad de la noche. En estos procesos, no pocos tenemos la sensación de que algo fundamental estamos perdiendo a nivel personal, familiar y social. No lo dudemos. Vivimos en un mundo roto, donde todos tenemos necesidad de la creación de una nueva sociabilidad y de sujetos reflexivos.

Lo virtual nos hace perder de vista los referentes territoriales como el parque, la calle, la iglesia, el barrio, la panadería. Los medios de comunicación social, especialmente el internet y la televisión, transmiten una imagen del mundo, un estilo de vida, unos valores, una concepción global teórica y práctica que invade nuestras sociedades y erosiona nuestras costumbres, tradiciones y a las culturas tradicionales. Prueba de ello es la creación de nuevas identidades y la aparición de nuevos tipos de exclusión social. La globalización, al mismo tiempo que intenta uniformar el globo, crea fuertes divisiones. Seguimos hablando de la nación, la familia, el trabajo, la tradición, la naturaleza, como si todos fueran igual que en el pasado. No lo son. La fragmentación y la falta de cohesión de los grupos sociales exigen un mayor esfuerzo integrado para elevar nuestros niveles de conciencia. De allí la urgencia del

quehacer investigativo que aborde con rigor teórico la vinculación entre procesos culturales, la construcción de identidades culturales y la innovación tecnológica. Desde esta perspectiva, la investigación como divulgación de un conocimiento para transformar, se convierte en una herramienta estratégica de primer orden.

3.2. Nuevas formas de organizar la investigación

Las nuevas estructuras de relaciones sociales arriba descritas exigen nuevas formas de organizar la investigación universitaria. La formación de redes de trabajo es una nueva forma de unir esfuerzos y producir eficazmente. Nos referimos a una nueva manera de incidir en la realidad y comprenderla, cambiando los métodos de toma de decisiones y de comunicación. Los vicios de la lógica sectorial y compartimentalizada impiden tener una visión de conjunto y comprender la complejidad, la multicausalidad e interrelación de los procesos sociales. Ésta da como resultado investigaciones parciales con un horizonte limitado a un proyecto o programa de corto plazo. La perspectiva sectorial, promocionada hoy por la moda de la especialización, es una antigua práctica de organismos financieros, gobiernos y organismos no-gubernamentales. Del “especialista o experto” se piden recomendaciones desde una parte del todo, sin tomar en cuenta la importancia de una visión de conjunto de la problemática que se investiga. Esta manera de abordar la realidad y el conocimiento, en no pocos casos, tiene resultados contradictorios con los de otras disciplinas.

Lo anterior conlleva a un nuevo modelo de organización y relación entre nuestras Facultades y los centros de investigación. Una manera de unir investigación y docencia. En las entrevistas que hice a algunos profesores comentábamos el simple hecho de que muchos de nuestros estudiantes desconocen que tenemos centros de investigación y que existen publicaciones producidas en nuestra universidad.

Desde la dinámica de las redes de trabajo damos vida a una investigación que es realmente interdisciplinaria, participativa y con más sinergias. Como todos sabemos, la globalización no trata solamente de un modelo económico-tecnológico, sino de una nueva estructura social que está cambiando todas las áreas de nuestra vida cotidiana. Esto conlleva el riesgo de quedarnos aislados si no damos el salto al trabajo en redes. De allí la tarea de construir un nuevo modelo de hacer investigación en tiempos de globalización, en el que conectemos nuestras Facultades con los centros de investigación y nuestra universidad con las dos universidades jesuitas de Centroamérica y con el proyecto de universidades jesuitas de América Latina (AUSJAL). En los documentos sobre las universidades de la Compañía de Jesús, se dice:

Nuestras universidades deben promover el trabajo interdisciplinar, que implica talante de colaboración diálogo entre especialistas dentro de la propia universidad y con las otras universidades. De este modo, sirviendo a la fe y promoviendo la justicia en línea propiamente universitaria, podrán descubrir nuevos horizontes y nuevos campos de investigación, enseñanza y extensión universitaria, contribuyendo así a la transformación de la sociedad en busca de niveles más profundos de justicia y libertad. Así tendrán

nuestras universidades mayores oportunidades para promover la colaboración interuniversitaria y, en particular, para emprender proyectos comunes entre las universidades de la Compañía del primer y del tercer mundo (Compañía de Jesús, 1995, pp. 348-349).

3.3. La tentación de la neutralidad y la lógica del poder en el quehacer investigativo

En estos tres años pude ser testigo de los efectos que producen algunas investigaciones que se hacen desde una perspectiva “purista” y “neutral” ante claros conflictos sociales y situaciones riesgosas para la preservación del medio ambiente. Esa “neutralidad” es una manera de consolidar situaciones de dominación-explotación y evadir la crítica directa a estructuras de conocimiento que son injustas. No hay duda de que la investigación es un arma efectiva para legitimar situaciones de dominación o para producir transformaciones sociales. En ese sentido es indudable que la ciencia es poder. Prueba de ello es que las multinacionales cuentan con sus propias agencias, medios de comunicación y una red de intelectuales que perpetúan y defienden sus intereses. El clientelismo pone en peligro la búsqueda de la verdad y la ética de nuestra práctica investigativa.

Estoy claro de que, aunque las universidades faciliten ciertos medios para la investigación, la falta de recursos económicos es uno de los puntos débiles de nuestro quehacer investigativo. Y a esa fragilidad, también se une el poco interés o la falta de preparación en el campo de la investigación. Pero tenemos que buscar modos de investigar desde la perspectiva del tercer mundo. En mi opinión personal, lo que he señalado sobre el trabajo en red es una manera de disminuir costos y potenciar la efectividad. Es evidente que en el campo científico-tecnológico es necesario contar con equipos y materiales que tienen un alto costo y que son indispensables para la realización de ese tipo de investigación.

Otro de los peligros del quehacer investigativo es el de quedar atrapados en ese submundo universitario: luchas de poder para alcanzar ciertas posiciones, presiones para publicar, individualismo, miedo a ser plagiado, competitividad entre personas, grupos, Facultades. Como resultado, el miedo y la insolidaridad invaden nuestro quehacer cotidiano. Esas tensiones son causa de un gran desgaste humano y un obstáculo para el desarrollo de lo académico. Algunos científicos sociales como Giddens o Beck afirman que vivimos en “la sociedad del riesgo”. Detrás de los avances tecnológicos nos encontramos con muchos peligros que pueden producir desequilibrios en nuestro nicho “social y laboral”. Las experiencias concretas nos obligan a aceptar que los seres humanos estamos mal equipados para enfrentar la vida (Schopenhauer). De allí la importancia de elaborar un código ético que nos ayude a ordenar prioridades y guiar criterios de acción. Como señala Savater:

La ética no se ocupa de cómo alimentarse mejor o de cuál es la manera más recomendable de protegerse del frío ni de qué hay que hacer para vadear un río sin ahogarse, cuestiones todas ellas sin duda muy importantes para sobrevivir en determinadas circunstancias; **lo que a la ética le interesa, lo que constituye su especialidad, es cómo**

vivir bien la vida humana, la vida que transcurre entre humanos.

Si uno no sabe cómo arreglárselas para sobrevivir en los peligros naturales, pierde la vida, lo cual sin duda es un fastidio grande; pero si uno no tiene ni idea de ética, **lo que pierde o malgasta es lo humano de su vida y eso, francamente, tampoco tiene ninguna gracia** (Savater, 1991, pp. 125-126)².

La investigación no puede reducirse a una tarea de expertos. Es una actividad que se realiza entre las personas con las que trabajamos y luchamos por construir una convivencia humana. San Ignacio de Loyola exigía una **intención recta** como modo de proceder de las personas. Y esta exigencia, trasladada al quehacer investigativo, conlleva una actitud recta de corazón y mente para que poder realmente identificarnos con el sufrimiento humano y con la transformación social.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Berger, P. L., Berger, B. & Kellner, H. (1979). *Un mundo sin hogar: Modernización y conciencia*. Santander: Editorial Sal Terrae.
- Compañía de Jesús. (1995). *Congregación General 34 de la Compañía de Jesús*. Roma: Curia del Preósito General.
- FitzGerald, S.J., K. T. (2007). El Magis para los jesuitas que trabajan en Bioética. *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, (115), 96-99.
- Gadotti, M. (2002). *Pedagogía de la Tierra*. México, D.F: Siglo XXI Editores.
- García Canclini, N. (1997). *Imaginario Urbano*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Giddens, A. (2003). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestros días*. Madrid: Taurus.
- González Buelta, B. (2002). *Orar en un mundo roto: tiempo de transfiguración*. Santander: Editorial Sal Terrae.
- Juan Pablo II. (1990, 1 de enero). *Paz con Dios Creador, Paz con toda la Creación*. Mensaje de Su Santidad para celebración de la XXIII Jornada Mundial de la Paz. Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]. (2006). *Informe sobre Desarrollo Humano: Más allá de la escasez: poder, pobreza y crisis mundial del agua*. Nueva York: Autor.
- Ramonet, I. (2003). *Un mundo sin rumbo: la crisis de fin de siglo*. Barcelona: Debate.
- Rojas, E. (1992). *El hombre light: una vida sin valores*. Colección Fin de Siglo, (33). Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Savater, F. (1991). *Ética para Amador*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Sutcliffe, B. (1998). *Nacido en otra parte: un ensayo sobre la migración internacional, el desarrollo y la equidad*. Bilbao: Hegoa.
- Wilkinson, I. (2005). *Suffering: A Sociological Introduction*. Cambridge: Polity.

2 Resaltado propio.